

# Aferrados a nuestra esperanza

## 1 Samuel 1:1-18

### 1 Samuel 1:1-18 (LBLA)

<sup>1</sup> “Había un hombre de Ramataim de Zofim, de la región montañosa de Efraín, que se llamaba Elcana, hijo de Jeroham, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf, efrateo.

<sup>2</sup> Y tenía dos mujeres: el nombre de una era Ana y el de la otra Penina; y Penina tenía hijos, pero Ana no los tenía.

<sup>3</sup> Este hombre subía todos los años de su ciudad para adorar y ofrecer sacrificio al SEÑOR de los ejércitos en Silo. Y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, eran sacerdotes del SEÑOR allí.

<sup>4</sup> Cuando llegaba el día en que Elcana ofrecía sacrificio, daba porciones a Penina su mujer y a todos sus hijos e hijas;

<sup>5</sup> pero a Ana le daba una doble porción, pues él amaba a Ana, aunque el SEÑOR no le había dado hijos.

<sup>6</sup> Y su rival la provocaba amargamente para irritarla, porque el SEÑOR no le había dado hijos.

<sup>7</sup> Esto sucedía año tras año; siempre que ella subía a la casa del SEÑOR, la otra la provocaba. Y Ana lloraba y no comía.

<sup>8</sup> Entonces Elcana su marido le dijo: Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué está triste tu corazón? ¿No soy yo para ti mejor que diez hijos?

<sup>9</sup> Pero Ana se levantó después de haber comido y bebido en Silo, y *mientras* el sacerdote Elí estaba sentado en la silla junto al poste de la puerta del templo del SEÑOR,

<sup>10</sup> ella, muy angustiada, oraba al SEÑOR y lloraba amargamente.

<sup>11</sup> E hizo voto y dijo: Oh SEÑOR de los ejércitos, si tú te dignas mirar la aflicción de tu sierva, te acuerdas de mí y no te olvidas de tu sierva, sino que das un hijo a tu sierva, yo lo dedicaré al SEÑOR por todos los días de su vida y nunca pasará navaja sobre su cabeza.

<sup>12</sup> Y mientras ella continuaba en oración delante del SEÑOR, Elí le estaba observando la boca.

<sup>13</sup> Pero Ana hablaba en su corazón, sólo sus labios se movían y su voz no se oía. Elí, pues, pensó que estaba ebria.

<sup>14</sup> Entonces Elí le dijo: ¿Hasta cuándo estarás embriagada? Echa de ti tu vino.

<sup>15</sup> Pero Ana respondió y dijo: No, señor mío, soy una mujer angustiada en espíritu; no he bebido vino ni licor, sino que he derramado mi alma delante del SEÑOR.

<sup>16</sup> No tengas a tu sierva por mujer indigna; porque hasta ahora he orado a causa de mi gran congoja y aflicción.

<sup>17</sup> Respondió Elí y dijo: Ve en paz; y que el Dios de Israel te conceda la petición que le has hecho.

<sup>18</sup> Y ella dijo: Halle tu sierva gracia ante tus ojos. Y la mujer se puso en camino, comió y ya no estaba *triste* su semblante”.

La situación de Ana parecía irremediable. Estaba angustiada porque “**Jehová no le había concedido tener hijos**”. Lo cual por sí solo, era un gran motivo de desgracia para una mujer hebrea. Pero Ana sufría aún más por la burla de la otra esposa de su marido, quien había sido bendecida con hijos.

Aferrarnos a nuestra esperanza puede ser difícil cuando las circunstancias son amargas y no hay señales de progreso. Para los creyentes, esto puede ser todavía más desalentador, porque saben que Dios *puede* satisfacer sus esperanzas y remediar la situación, pero no lo ha hecho.

Ana era una mujer de gran fe, incluso en medio de su frustración y de su dolor. Año tras año seguía yendo a Silo para adorar al Señor. La perseverancia es una cualidad que Dios valora mucho en su pueblo. El aguante en las pruebas da un carácter piadoso y una esperanza que no avergüenza ([Romanos 5:3-5](#)).

**Romanos 5:3-5 (LBLA)**

<sup>3</sup> “Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia;

<sup>4</sup> y la paciencia, carácter probado; y el carácter probado, esperanza;

<sup>5</sup> y la esperanza no desilusiona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado”.

El dolor agudo muchas veces lleva al Señor. Ana había adorado fielmente a Dios en compañía de todo Israel, pero esta vez fue sola al tabernáculo para orar al Único que podía ayudarla. Con lágrimas amargas derramó su alma delante del Señor, puso su esperanza a sus pies y le ofreció el sacrificio de lo que ella más valoraba: un hijo.

Aquello a que nos aferramos solo podremos conservarlo si lo rendimos a Dios. Este principio bíblico se aplica a nuestras esperanzas y a nuestra vida misma ([Lucas 9:24](#)).

**Lucas 9:24 (LBLA)**

<sup>24</sup> “Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por causa de mí, ése la salvará”.

Aprenda del ejemplo de Ana, y derrame su corazón a Dios. Ponga sus esperanzas delante de Él, el Único que puede satisfacer sus deseos o cambiarlos para armonizarlos con su voluntad.